

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

Hasta que vuelva mamá

Phuc Fu Dung Dang

«17 de mayo de 1956.

Querido diario: Me estoy haciendo amiga de un chico. Su familia vive dos calles más abajo, en la casa azul, y es el hijo menor de los cuatro hermanos. He pasado la mañana recogiendo cerezas con él en el campo que tienen sus padres detrás de su casa y lo hemos pasado muy bien, aunque hiciese mucho calor. Es tan divertido...

Estoy esperando a que llegue mañana. Me han dicho mis padres que puede venir a merendar con nosotros. Pero, ¿cómo le invito a venir? ¡Me estoy poniendo nerviosa solo de pensarlo!»

Cierro el diario de mamá y lo introduzco en una de las cajas que tengo apiladas. Tras una semana dedicada a desempolvar, ordenar y guardar, parece que al fin la casa se va vaciando. No es fácil almacenar una vida entera en cajas o, mejor dicho, almacenar el paso de más generaciones de las que puedo contar con los dedos de mis manos.

—¿Quién anda ahí? —escucho desde la planta de abajo.

—Yo, papá...

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 años

PRIMER PREMIO

La misma pregunta y la misma respuesta, una vez tras otra. Mi padre no ha vuelto a ser el mismo desde que mamá murió hace ya cuatro años. Si para mí fue dura la pérdida, a él se le vino el mundo abajo.

El polvo de los muebles sigue formando una niebla fina que se ilumina con los rayos del sol. Miro por la ventana que da a la parte trasera de nuestra casa. Allí está nuestro único cerezo: seco, mustio, marchito. Tan esquelético que ni cien primaveras podrían hacerlo florecer otra vez.

Cuando me mudé a la capital para buscar un trabajo, mis padres, ya jubilados, volvieron a encargarse de cuidar el campo de cerezos sin mi ayuda, pero, después de que mamá nos dejara, mi padre jamás volvió a encontrar esa vitalidad que siempre le había acompañado.

Después del otoño tuvimos que talar las decenas de árboles que habían perecido. Sin embargo, decidimos dejar el último cerezo, que aún queda en pie. En sus momentos de lucidez, mi padre me sigue contando la misma historia entrañable una y otra vez: «Bajo aquel árbol tuvimos tu madre y yo nuestro primer beso. Yo llevaba un peto lleno de tierra y ella llegó guapísima en aquel vestido amarillo». Por desgracia, parece que ahora el otoño está llegando a la memoria de mi padre. En estos momentos, no puedo evitar preguntarme si pude haber aprovechado mejor los años en los que todos seguíamos juntos.

Me costó mucho darme cuenta de lo que le estaba ocurriendo a mi padre. Pensaba que serían las consecuencias normales de la edad, pero, ahora, a duras penas puede cuidar de sí mismo. Aunque ha sido una decisión complicada, no me queda otra opción que llevarme a mi padre a la ciudad. Vive en uno de esos pueblos olvidados en los que el párroco viene cada semana, el médico cada cuatro y el tren dejó de pasar hace mucho tiempo.

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

Él no logra entender qué está pasando. Están siendo momentos duros para los dos y, pese a armarme de paciencia para explicárselo, no hay manera de que lo comprenda. A veces monta en cólera o rompe a llorar, según su estado de ánimo, en cuanto menciono las cuatro palabras prohibidas: «mudarnos a la ciudad».

—Papá, voy a ir llevándome estas cajas. En un par de viajes habré acabado la mudanza, y luego nos marcharemos nosotros, ¿vale?

Se limita a responder con un murmullo. Yo le sigo explicando todo, aunque unas veces no me entienda u olvide lo que le digo y, otras, se invente la mitad. Me da igual. Es mi padre y siempre le trataré como tal.

Cargo las primeras cajas en el maletero del coche. Es el mismo todoterreno blanco que utilizaban mis padres para llevar las cerezas al mercado del valle, donde las vendían. Aún tiene la figura del santo, ya descolorida, en el salpicadero y desprende un fuerte olor a diésel cada vez que arranco el motor.

Conozco el camino del pueblo a la ciudad de memoria: salgo hacia la izquierda, tomo la antigua carretera nacional donde ya apenas circula algún vehículo, y conduzco durante cuarenta minutos hasta llegar a los atascos de la entrada a la ciudad. Las visitas a mi padre se han ido convirtiendo en algo cada vez más frecuente en el último par de años.

Mientras voy al volante, sigo pensando en todo lo que está ocurriendo. ¿Realmente está mi padre preparado para afrontar un cambio tan drástico con el peso de ocho décadas a las espaldas? Tal vez será mejor para los dos que sea yo quien se adapte y vuelva al pueblo durante un tiempo.

¡Quién sabe! Quizás, después de que ese momento inevitable al que prefiero no dar nombre llegue, pueda volver a la vida en la ciudad. Es cierto, por otro

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

lado, que en el pueblo cada vez quedan menos familias y es probable que yo haya pertenecido a la última generación en habitarlo: la misma generación que, en busca de nuevas oportunidades, también lo deshabitó.

Llego a mi barrio en la ciudad, donde el ritmo de todo se acelera. El todoterreno lleno de barro desentona con los coches recién encerados y relucientes del resto de los conductores. Aquí, el asfalto y las prisas le han ganado terreno a la calma y la gente apenas tiene tiempo para saludar, si bien no tienen que madrugar para arar la tierra.

Me detengo en doble fila bajo mi apartamento, no sin llevarme un bocinazo o dos. Descargo las cajas, las meto al ascensor y voy sacándolas una por una. Aún no sé dónde voy a encontrar el espacio para guardarlas, pero ya improvisaré algo. El olor de todas aquellas antigüedades contrasta con el del ambientador eléctrico, y su aspecto oscuro con el de mis muebles.

Una vez descargado todo, cierro la puerta, bajo al coche antes de que alguien se lo lleve por delante y regreso al pueblo para repetir el mismo proceso de nuevo: recoger las cajas, llevarlas y subirlas al apartamento.

El cansancio físico es evidente, pero ahora es la parte mental la que más pesa. Llevo días sin dormir dándole vueltas al mismo asunto y mi padre no sabe qué ocurre mientras van desapareciendo muebles y objetos de su casa. Y eso duele. Al fin voy llegando al pueblo una vez más después de haber finalizado toda la mudanza. Aparco delante de casa.

—Venga, papá, voy a acabar de hacer tu maleta y nos vamos.

—¿Adónde?

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

—A la ciudad, papá... —suspiro—. Nos mudamos.

—¡Yo no voy! ¡No!

—Bajo ahora. Venga, no te pongas cabezota.

—¡No me voy a mover!

Parece ser cierto eso de que, a medida que cumplen años, vuelven a parecer niños. Subo a la habitación de mi padre. Van a ser los últimos pasos que dé en esta tarima antes de marcharnos. El crujido de los tablones del suelo y el chirrido de las puertas son los sonidos característicos de la casa en la que me crie, aprendí a caminar y pasé la adolescencia discutiendo con mis padres, que siempre habían intentado darme todo lo mejor hasta que me despedí para irme a la capital.

Reviso la maleta de mi padre: meto la ropa, el pastillero, su colonia y la libreta, donde ya apenas aparecen nuevas líneas escritas. Cierro la maleta y bloqueo los dos cierres metálicos. Es hora de irnos.

—Vamos, papá.

Le acompaño y salgo detrás de él. Abro la puerta del coche y le ayudo a sentarse. Bloqueo la entrada de casa con las llaves, meto la maleta de mi padre en el maletero, me siento en el asiento del conductor y me abrocho el cinturón.

—¡Que yo no voy a ninguna parte, te he dicho!

—Papá, vamos a estar muy bien los dos juntos y...

—¡Que no quiero! —vuelve a rechistar desde el asiento trasero.

Arranco el coche, que expulsa una humareda negra, y empiezo a conducir hacia la salida del pueblo. Miro de reojo al espejo retrovisor interior y veo la

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER PREMIO

mirada perdida de mi padre a través de sus gafas. No es una mirada triste, ni furiosa, tan solo perdida. Ya ni siquiera se queja.

Detengo el coche a un lado de la calle y miro a mi padre. Nos quedamos en silencio durante unos instantes.

—Papá, ¿estás bien?

Se limita a mirarme, aún atónito y, probablemente, desorientado en su propio pueblo, donde lleva viviendo toda su vida.

—Papá, mira, tienes que entender que para mí también es muy complicado, pero tenemos que irnos a la ciudad...

—No. No me quiero ir.

—¡Pero estaremos muy bien juntos! Lo prometo.

—Tenemos que esperar a que vuelva tu madre.

Me quedo perplejo, preguntándome qué se le estaría pasando por la cabeza.

—Ha dicho que salía a ver a la Luisa y que volvería por la tarde.

—Papá, mamá ya no está con nosotros.

—¡Claro que no! Porque ha salido.

Siento que, si él no está listo para abandonar su casa, yo tampoco lo estoy. Meto la marcha atrás y doy la vuelta.

—Está bien. Nos quedaremos... pero solo hasta que vuelva mamá. Esperaremos sentados bajo el cerezo.